
ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO.

¡Dormir!... ¡dormir!... ¡estando enamorado y con pocas esperanzas! No es posible, Teodoro; ni vivirás ya tranquilo, mientras no estés seguro de llamar esposa á tu Carlota... ¿Qué hará en este instante? Quizá ahora mismo su padre la está reprendiendo, y ella le está jurando no volver á hablarme, olvidar tanto amor... ¡Qué injusto soy! Pero ¿cuándo no se halla inquieto un amante? ¿Qué estará haciendo?... Si pudiera verlo... (*Acércase á la puerta, y mira por el agujero de la llave.*) Allí está... ¡y qué hermosa! parece algo pensativa... Yo me determino á llamarla: seguramente su padre y su incómodo acompañante estarán durmiendo en la alcoba inmediata... nada me detiene. (*Llama quedito.*)

ESCENA II.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA (*abriendo la puerta*).
¡Teodoro!

DON TEODORO.

Sal, amor mío, sal al instante...

DOÑA CARLOTA.

Si despierta mi padre...

DON TEODORO.

Tanta timidez se aviene mal con el mucho amor: quizá en otros tiempo no hubieras temido tanto la reprension de tu padre.

DOÑA CARLOTA (*saliendo del cuarto*).

Está tan colérico estos dias... tan irritado contra tí...

DON TEODORO.

Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes, si no se muestra esquiva con su infeliz amante...

DOÑA CARLOTA.

¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres tambien afligirme con injustas reconvenciones, en vez de consolarme y de sos-

tener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

DON TEODORO.

No tengas cuidado: es mi padre.

ESCENA III.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Esto es lo que á mí me gusta; ver á los jóvenes tan bien avenidos... Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes; que riñan muy serios; que se opongan... ¿Muchachos y con amor? No hay mas que dejarlos.

DON TEODORO.

Hacia un momento que nos hallábamos aquí...

DON LUIS.

Ya... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera... ¿No es así?

DOÑA CARLOTA.

Pues mire usted, hace un calor como si fuera una siesta de agosto...

DON LUIS.

Tambien los disgustillos lo habrán hecho mas insufrible; pero no es lo raro que uste-

des no hayan dormido; que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho, y están en todo el fuego de la pasión y de la juventud. Pero yo, pobre de mí, que me acosté para sosegar un rato, y no he podido descansar ni un instante, acordándome de dos tristes enamorados... Y diga usted, que ya debía haberseme olvidado lo que son estos cuidadillos de amor; pero nada de eso: yo parecía el novio, cavilando y dando vueltas; proyecto por acá, proyecto por allá... y todo ¿para qué? bien, que no es una friolera, hacer dichosos á dos amantes, y desengañar á un hombre de bien alucinado.

DON TEODORO.

¿Podremos esperar?

DON LUIS.

Y muy pronto.

DOÑA CARLOTA.

En usted tengo otro padre: ¿me querrá usted como á hija?

DON LUIS.

Sí, Carlota mia; viviréis felices, y haréis menos penoso el último resto de mi vida. Tu buen padre gozará también esta fortuna...

DOÑA CARLOTA.

¡Ay señor!

DON LUIS.

No hay porque suspirar; un desengaño bastará para volverlo á la razón, y yo me encargo de la empresa. Me parece, señores enamorados, que hago bien el papel de confidente; por ustedes no duermo, por ustedes salgo con todo el peso del sol...

DON TEODORO.

¿A qué va usted, padre mio?

DON LUIS.

Esa es mucha curiosidad; un poquito de paciencia, y confianza en mí. Pero ante todo, ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

DOÑA CARLOTA.

Gratitud y amor por toda la vida.

DON LUIS.

Y me basta: nada más apetezco.

DON TEODORO.

¿Pero podremos saber?...

DON LUIS.

Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogré todo.

DON TEODORO (*con suma viveza*).

Vaya usted con Dios, padre mio.

DON LUIS.

¿Qué prisa te das para despedirme!...

DON TEODORO.

Yo porque tarde usted menos, y vuelva antes...

DON LUIS.

Ya te entiendo: á Dios, hijos. Cuidado no sorprenda el señor don Fabian á los pobres novios, eche su reprension á la niña, y descargue una nube de piedra sobre el liberal enamorado.

ESCENA IV.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA.

¡Cuánta bondad!

DON TEODORO.

Tengo en mi padre al mejor de mis amigos: ¿quién no sacrificaría hasta la vida por un padre semejante? Si alguna vez mi ligereza y mis pocos años me estravian, lejos de reprenderme con aspereza, ni de castigarme con el rigor de un tirano; me desengaña, me muestra la razon, me obliga á avergonzarme yo mismo de mis defectos, y á corregirme por mi propio interes. ¡Ah! ¡qué pocos hijos habria malos ni desgracia.

dos, si fueran todos los padres tan prudentes!

DOÑA CARLOTA.

El mio es sumamente bondadoso, y me ama en extremo: ya sabes cuán feliz era en su compañía, admirando siempre su corazon compasivo. Nunca le ví irritado; nunca dejó de darme cuantos gustos apetecia; y por último, me concedió el que mas anhelaba mi corazon, que era ser tu esposa... Solo ese egoista pudiera haber mudado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes; que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

DON TEODORO.

Constancia, Carlota; que mi corazon leal me está anunciando que van á cesar nuestros disgustos.

DOÑA CARLOTA.

El mio, por el contrario, se halla cada vez mas inquieto; quizá estás tú mas tranquilo, porque me amas menos.

DON TEODORO.

¿Volvemos á los zelillos?

DOÑA CARLOTA.

Cuando se desea con ansia una cosa, pa-

rece imposible que se ha de llegar á conseguirla.

DON TEODORO.

Tengo tanta confianza en mi padre!

DOÑA CARLOTA.

En nadie debe confiar un amante...

DON TEODORO.

¿Ni en su querida?

DOÑA CARLOTA.

Ni en su querida, cuando no le tenga el amor que yo á tí.

DON TEODORO.

Todas dicen lo mismo...

DOÑA CARLOTA.

Pero no dan tantas pruebas.

DON TEODORO.

¿Has oído?

DOÑA CARLOTA.

Sí: se han levantado; véte, por Dios... Si nos encuentran juntos...

DON TEODORO.

A Dios, no me olvides...

DOÑA CARLOTA.

Es inútil tu encargo: véte...

DON TEODORO.

No me olvides ni un instante...

DOÑA CARLOTA.

Que van á salir...

DON TEODORO. (*Vase prontamente á su cuarto.*)

A Dios, vida mía.

DOÑA CARLOTA.

Me parece que me lo han de conocer en la cara.

ESCENA V.

DOÑA CARLOTA, DON FABIAN
Y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿Qué hacías aquí, Carlota?

DOÑA CARLOTA.

Oí un gran ruido de campanillas, como de coche de colleras, y salí por ver lo que era... la curiosidad...

DON FABIAN.

Por curiosear se han perdido mas de cuatro niñas.

DOÑA CARLOTA.

Pues bien, no volveré á asomarme, aunque se hunda la posada.

DON FABIAN.

Con que oigas la llave del cuarto inmediato, no podrás contenerte. No hay que poner la cabeza de novicia, ni hacerte la

mogigata: ¿te parece que no conozco lo enamorada que estás de Teodoro?

DOÑA CARLOTA.

Nunca le hubiera dado entrada en mi corazón, si usted no hubiera consentido, y aun aplaudido nuestros amores: si habiendo encontrado en él las mejores prendas, y arraigado nuestro cariño con el continuo trato, quiere usted que le olvide, exige de mí que sea veleidosa é inconstante; si me manda que finja indiferencia, cuando estoy mas enamorada, me precisa á ser hipócrita y embustera.

DON FABIAN.

Bravo, señora doctora! ¿Habrá usted quedado tan hueca con su parrafito de filosofía? No se ha perdido el tiempo al lado del señor liberal... Esto es lo que yo digo, señor don Meliton; hasta á las mugeres ha llegado el contagio de estos malditos tiempos: con cuatro novelas y versillos ya las tiene usted hechas unas bachilleras, charlando como cotorras, y mandando billetes á sus queridos, que merecen ponerse de estampilla... ¡Ay amigo! ¡Qué tiempos los antiguos! Ninguna escribía dos renglones á su novio, aunque la matáran; porque sus padres habian tenido buen cuidadito de que

no supieran tomar la pluma en la mano, ni conocieran el A B C. Pero ahora, ahora!... Ya ha oido usted el párrafo liberal, que me ha espetado esta mocosa, que si hubiera nacido en otra época, estaria haciendo un dechado en la amiga.

DON MELITON.

No tiene usted por que enfadarse: esta señorita es muy dócil, y no hará mas que lo que usted le mande. No estraño yo que Carlotita no conozca los poderosos motivos que obligan á su padre á separarla de ese jóven, preciado de sabio. Las ideas liberales tienen un aparente brillo, que oculta el veneno, y las hace agradables á los incautos, estendiendo su seduccion hasta al bello sexo. Pero los que, por nuestra edad y vastos conocimientos, sabemos quitarles su positizo oropel, y descubrir lo pernicioso de esas doctrinas, que solo contribuyen á favorecer la carne y la sangre, y á convertir en república hasta el imperio del gran Mogol; debemos desengañar á los seducidos, y aconsejar á los padres...

DON FABIAN.

Yo doy á usted mil gracias por sus buenos consejos; que si no ha sido por ellos, me dejo llevar de mi bobería, doy mi hija

á ese atolondrado liberal, y al cabo de una docena de años me encuentro la casa llena de nietezuelos liberalitos, capaces de revolver un mundo. ¡Bonita la hubiéramos hecho! Tú tambien, Carlota, debes dar las gracias á nuestro sabio amigo, y tener presente lo que acaba de decir magistralmente sobre los malos efectos de las ideas liberales. ¿Lo has entendido bien?

DOÑA CARLOTA.

¿Yo?...

DON FABIAN.

¿Yo? Sí señora, usted; que siempre me estás quebrando la cabeza, hablando por los codos; y cuando es menester, te estás callada como una muerta.

DOÑA CARLOTA.

Pero, si yo no entiendo nada de carne ni de sangre, ni de oropes, ni venenos, ni de ninguna de esas cosas liberales... Yo queria á Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy comedido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seríamos tan felices...

DON FABIAN.

Otra y, otra y, con dos mil diablos!

DOÑA CARLOTA.

Si usted se enfada, mentiré.

DON FABIAN.

No quiero que mienta usted; sino que sea obediente, como Dios manda.

DON MELITON.

Me parece que estaríamos mas cómodos, sacando unas sillas...

DON FABIAN.

Dice usted bien; que en el tal cuartito estamos ahogados; y aquí respiraremos mas libremente. Pero, no se incomode usted. (*Va don Meliton por las sillas.*) Ya sabes lo mucho que te quiero; (*A Carlota*) y que toda mi vida no he trabajado sino para hacerte feliz. Si quieres darme gusto, y mostrarme tu cariño, trata con el mayor respeto al señor don Meliton, y escúchalo como á un oráculo. ¿Estás?... y no, que con ese silencio, esa cabeza baja y la carita avinagrada, me estás quemando la sangre. ¡El diantre de estas muchachas parece que están tambien de revolucion!

DOÑA CARLOTA.

Si no me ocurre nada que decir...

DON FABIAN.

Valias un Potosí, para entrar en Cartuja!

DOÑA CARLOTA.

Bien; me esforzaré...

DON FABIAN.

Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego á enfadarme, habrá fiesta de toros. (*Saca don Meliton tres sillas.*) Ahora pegaba bien (*A don Meliton en voz baja*) un sermoncito, que la tengo mas blanda que un guante, y podemos convertirla de un todo.

DON MELITON (*tambien con voz baja*).

Descuide usted.

DON FABIAN. (*Siéntanse todos.*)

Lo que hemos hablado muchas veces: las niñas no quieren creer que sus padres desean lo mejor para ellas, y saben lo que les conviene; nada de eso: llega un jovencito almidonado, les hace cuatro señajos, dice cuatro secretillos, su suspiro al canto, y si es menester, una lagrimita, y ya tenemos á las muchachas rabiando por casorio. Se ha puesto el mundo de manera, que es menester morirse.

DON MELITON.

No es eso lo peor; sino que creo que hasta las mugeres se van volviendo liberales.

DON FABIAN.

Pródigas, debía usted decir.

DON MELITON.

Y si las mugeres se ponen del bando con-

trario, no hay remedio; triunfan los liberales, y quedamos frescos.

DON FABIAN.

Por eso urge mas el desengaño; y no dorminos sobre las pajas.

DON MELITON.

Ya tengo preparada una disertacion. con notas en latin, en que pruebo *usque ad evidentiam*, que todos los liberales huelen á azufre; y que la muger que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está espuesta á que una noche se la lleven las brujas.

DOÑA CARLOTA.

Las brujas... Há, há! ¿Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

DON MELITON.

Se conoce, señorita, que no las ha visto usted, como una tia mia, que murió de noventa y seis años: mil veces se lo oí contar; y que si no hubiera sido porque les descubrieron el nido, y quemaron á seis docenas, hubieran llovido brujas como mosquitos.

DOÑA CARLOTA.

Todo eso será verdad; pero yo no lo creo.

DON FABIAN.

Calla, niña; que nosotros no tenemos ta-

lento, para meternós en tantas honduras; y cuando el señor don Meliton lo dice...

DON MELITON.

Toma, si lo digo! Y lo voy á imprimir en llegando á Cádiz, con cada letra como un panecillo. Y que vengan los liberales á disputárselas conmigo! que á la primera rociada que lleven, no les he de dejar hueso sano.

DON FABIAN.

Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

DON MELITON.

Capaz soy, segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

DON FABIAN.

Metralla en ellos; y no darles cuartel, hasta que pidan perdon.

DON MELITON.

Perdon!... ya voy: hasta verlos fritos.— Por eso me alegro, señorita, de la prudente determinacion de su padre de usted, que la ha libertado de verse mañana en un apuro. Teodoro parece buen muchacho; que al cabo, yo no soy amigo de hablar mal, ni de quitar la estimacion al prógimo. Pero no es todo oro lo que reluce; esos principios á la moderna van corrompiendo insensiblemente

el corazon; y podia usted, cuando menos pensase, encontrarse gato por liebre.

DON FABIAN.

Eso mismo es lo que yo digo. ¿Me darás gusto en todo? Vaya, no hay para que afligirse; tú tienes juicio, y no me darás que sentir. Pero, el plomo de Juan tarda mucho en traer las cartas: ¿en qué se habrá detenido?

DOÑA CARLOTA.

¿Lo ha mandado usted por ellas?

DON FABIAN.

En cuanto acabamos de comer.

DON MELITON.

Pues, si lo acabo yo de ver tendido, en el banco de adentro, roncando á pierna suelta!

DON FABIAN.

No hay que encargarle nada; hasta que duerme los dos cuartillos de tinto, es hombre perdido. (*Levántase y se acerca á la puerta.*) Juan! Juan! ¿No te has de levantar hasta mañana?

ESCENA VI.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida...

DON FABIAN.

Con el humazo de las botellas. Al fin, ¿no has hecho lo que te mandé? Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia. Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos, y que toman mucha confianza. Lo mando por las cartas, no va; lo envió esta mañana á llamar á don Luis, y se está por esas calles hasta las tantas, sin acordarse de comida, ni de nada del mundo.

JUAN.

Vaya, señor; que no parece sino que me entretuve en la taberna ó en alguna cosa mala! Vea, usted, señor don Meliton, que me arrimé al corro de noticias en que estaba don Luis; que al cabo, á todos nos interesa saber si se matan franceses; y allí se me pasó la hora, oyendo cosas buenas. Decian aquellos señores, que las Córtes habian mandado que á nadie se ahorcasse, porque

todos somos hijos de Dios, y de carne y hueso, y por ser pobres no nos habian de colgar, como á perros; y que á ningun infeliz lo pudrieran en la cárcel por frioleras; ni lo descoyuntasen en el potro como hacian antiguamente; y que en adelante, los reyes no harán en España, sino lo que sea justo y regular, conforme Dios manda...

DON FABIAN.

¿Acabará esta tarde? ¿Qué entiendes tú de esas cosas, majadero?

JUAN.

¿Y eso qué tiene que entender? Lo bueno se está cayendo de su peso; y lo que á uno le tiene cuenta, no necesita muchas retóricas para entenderlo.

DON FABIAN.

Anda, vé por las cartas, y vente al instante.

JUAN (*yéndose*).

Si oigo hablar de las Córtes, no vuelvo en dos horas.

ESCENA VII.

Dichos, menos JUAN.

DON MELITON.

Esto es lo que tienen las ideas liberales:

las gentes simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes; y si no se le ata corto, se quiere subir á las barbas.

DON FABIAN.

Ese es el fruto de las filosofías, de las Constituciones, y de toda esa barahunda: y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos; y ni los dedos de la mano son iguales; y allá van leyes dó quieren reyes...

DON MELITON.

No señor, que ya los modernos quieren señalarles hasta lo que deben gastar, que no parece sino que son niños de escuela y necesitan tutores.

DON FABIAN.

¡Heregías como las que se oyen en estos tiempos!

DON MELITON.

Pues no lo quiere creer la gente; y se burla de los que lo decimos. Porque dije yo el otro dia en la plaza que el rey es señor de vidas y haciendas, por poco me silban: ahora la que está de moda, es la señora ley: todos deben ser juzgados conforme á la ley: los reyes deben gobernar arreglados á la ley... Malditas sean las leyes, amen!

DON FABIAN.

Otro, por si falta, amen... Pero, ¿á qué volverá el postema de Juan, sin ir á lo que le he enviado? Juan de dos mil santos, ¿no vas al correo?

ESCENA VIII.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Si el cartero ha traído las cartas; para usted no hay mas que esta, que me la ha dado al salir la moza de la posada.

DON FABIAN. (*Toma la carta y arroja el sobre.*)

Si hubieras ido por ellas hace dos horas...

JUAN.

No hubiera ganado un par de cuartos el pobre cartero. (*Vase.*)

DON FABIAN.

Pues no conozco la letra: veamos lo que dice. (*Saca los anteojos y lee.*)

«Cádiz 31 de marzo de 1812.

Señor don Fabian... y tal.

Muy señor mio: aunque no tengo el honor de haber conocido á usted, lo que me seria de mucha satisfacción, por las noticias

que me ha dado mi íntimo y sabio amigo don Meliton... »

DON MELITON (*se levanta, y se arrima á leer*).

¿Qué dice de mí? Será algo bueno; lea usted, lea usted...

DON FABIAN (*lee*).

«Amigo don Meliton, que me escribiste venia en compañía de usted á esta ciudad, y que recomendaba sus pretensiones...

DON MELITON (*arrebátandole la carta*).

Está usted ya muy torpe para leer; yo la leeré mas aprisa. ¡Ay, Dios mio! ¡Del señor don Cosme! Qué bueno era aquel caballero! (*Lee*) «sus pretensiones, lo he hecho con tal eficacia, conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle... » (*Al llegar á estas palabras, pasa la vista por lo restante de la carta, y empieza á pasearse enagenado por el teatro, gritando:*) ¡Ay, Dios mio!... Sesenta mil de pico!... Y con escelencia!... Esceletísimo señor!

DON FABIAN.

Señor don Meliton, ¿qué le ha dado á usted? ¿Ha perdido el juicio?

DON MELITON.

No me detengo en nada, aunque no haga viento; ¡por vida del poniente!... Me voy á

Cádiz corriendo... quiero cumplir con mi obligacion... Mis sesenta mil!... mis sesenta mil!...

DON FABIAN.

Acabe usted de sacarme de cuidado... ¿qué dice la carta?

DON MELITON.

Ya las cosas se van arreglando, y se echa mano de los hombres de mérito... Voy á ver la veleta: quizá ha empezado ya el levante; y yo entonces no me detengo por usted, ni por nadie.

DON FABIAN (*deteniéndole*).

¿Quiere usted decirme lo que es?

DOÑA CARLOTA.

Parece que al señor don Meliton le ha picado la tarántula...

DON MELITON.

Sesenta mil tarántulas son las que me han picado. —Vaya, oiga usted. (*Lee*) «Conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle individuo del tribunal supremo protector de la libertad de imprenta, con tratamiento de escelencia, y sesenta mil reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo dado todos los pa-

sos; y sabiendo por dicho señor que quizá se detendrían ustedes en Alicante, para evacuar asuntos propios, me he tomado la libertad de dirigir á usted estas cuatro letras, deseoso de que llegue cuanto antes la agradable noticia al señor don Meliton, á quien no las dirijo, por ser usted persona mas conocida en todo levante, y con menos peligro de que se extravíe la carta. Con este motivo, me ofrezco á la disposicion de usted, deseoso de que apresuren su viage etc. — Cosme Zugarramurdi »

DON FABIAN.

¿Y quién es ese caballero tan revesado?

DON MELITON.

¡Con que no oyó usted á don Luis los favores que recibia yo en Madrid de ese caballero! ¡que hacia entonces y está haciendo ahora un gran papel!

DON FABIAN.

Pues aunque haga mas papel que siete batanes, le digo á usted que es un solemne tonto.

DON MELITON.

¿Tonto?...

DON FABIAN.

Tonto, ó quizá un grandísimo pícaro. ¡Haber pretendido para usted un destino

como ese! ¿Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?... La carta de desvergüenzas que le habia yo de enviar!

DON MELITON.

¿Está usted en su juicio?

DON FABIAN.

¡Cómo si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto; sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduría que adornan á usted, le hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta, y cuanto hueela á moderno con cien leguas...

DON MELITON.

¡Sesenta mil reales!

DON FABIAN.

Creeria el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo... mal conoce la probidad de usted...

DON MELITON.

De forma es, y de manera... si el viento mudára... En pocos dias llegaba á ver á ese señor...

DON FABIAN.

Para hartarlo de desvergüenzas...

DON MELITON.

Para darle mil millones de gracias.